

LOS
PIRATAS DEL GOLFO.

PQ7297
R46
P48



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

CARLOS MONTAÑO BORDE.

PRIMERA PARTE.

JUAN MORGAN.

I.

Brazo-de-acero.

CASI en el corazon de la rica y dilatada isla *Española*, florecia á mediados del siglo XVII la pintoresca aldea de San Juan de Goave, célebre entonces por la clase de habitantes que contenia.

La aldea de San Juan tenia el aspecto mas encantador, rodeada de jardines, de florestas y de prados, en los que se apacentaban á millares las vacas y los toros salvajes.

Sus habitantes eran en lo general ó cazadores ó desolladores de bestias, que comerciaban solo con los cueros y el sebo de los animales, y presentaban la mas confusa mezcla de negros, y blancos, y mulatos, y mestizos, y españoles, y franceses, ingleses, é indios; pero todos llevando la misma

vida, todos tratándose con la igualdad de los hijos de una misma raza, todos trabajando con afán por hacerse de algunos puñados de dinero, que venían á perder entre la multitud de mujeres prostituidas que allí había, ó sobre la carpeta de una mesa de juego, ó entre los vapores del aguardiente.

La vida de aquellos colonos era una extraña mezcla de asiduidad en el trabajo y prodigalidad en los vicios, de religiosa honradez en sus contratos y de relajación de costumbres en su vida, de franqueza y fraternidad con los desgraciados, y avidez y codicia en el juego.

Los vicios y las virtudes llevados á la exaltación.

Los vicios y las virtudes viviendo en los mismos pechos, realizado el ensueño de la edad de oro en que las ovejas y los lobos dormían bajo la misma sombra, el milano y la paloma descansaban en la misma rama, el tigre y el toro bebían en el mismo arroyo.

Todo aquello era sin duda inexplicable para la civilización del siglo XIX, en que apenas el ciudadano pacífico duerme tranquilo, cuando está bajo el mismo techo que el gendarme.

En una especie de taberna que tenía por muestra un cuadro detestable, representando un toro pintado con humo y un letrero que decía: *Al Toro Negro*, al alrededor de una mesa de madera blanca, y sobre la cual se ostentaba un tarro con aguardiente y tres vasos, conversaban negligentemente tres hombres, con los codos apoyados sobre la mesa, las gorras puestas, y fumando todos tres grandes pipas de madera toscamente labradas.

Aquellos tres hombres tenían el pelo y la barba sumamente crecidos y espesos.

Los tres parecían jóvenes, solo que dos eran rubios, te-

nían el aspecto de ingleses, con sus ojos claros y azules, y el otro con el pelo, la barba y los ojos negros, y su color trigueño, parecía pertenecer á alguna de las razas meridionales.

Sus trages eran muy semejantes entre sí, pero casi sería imposible describirlos: calzones de cuero ajustados á la pierna, polainas de cuero también, fuertemente ceñidas, y una especie de gaban también de cuero.

En la cintura una especie de talabarte, de donde pendía un largo y ancho cuchillo, y una gorra también de cuero.

Este era el extraño atavío de aquellos personajes, que parecían tener una gran pereza, y que hablaban en medio de una espesa nube de humo de tabaco.

—Brazo-de-acero tiene razón—dijo uno de los ingleses—esta vida es triste y se gana poco.

—Poco—agregó el otro inglés—sobre todo si se atiende á que tenemos que tratar con esos diablos de *gachupines*, como él les llama, y que vienen á comerciar aquí desde el pueblo de *Aso*.

—Yo me muero de fastidio—contestó lanzando una bocanada de humo el que había sido llamado Brazo-de-acero, que era el de la barba negra—casi, casi, extraño mi tierra.

—¿Es por ventura tu tierra mas bella que este país?—dijo un inglés.

—Sin duda, Ricardo—contestó Brazo-de-acero suspirando;—México es una de las mejores tierras de la tierra.

—¿Entonces por qué la dejaste?—preguntó el otro inglés.

—¡Ay! es una historia.

—¿Por pobreza?

—Soy allá tan rico como un príncipe.

Los dos ingleses se miraron entre sí con aire de duda.

—¿Entonces por amores?

—Ya os lo diré mas tarde.

—¿Hicisteis muerte de hombre español?

—Ya os lo contaré; entretanto, aquí me fastidio.

—Oh! eso dices tú que tienes amor con la duquesa de Pisaflores.

—Dejad de hablar de esa pobre niña, que mil mujeres hay de quienes ocuparse en San Juan.

—Pero no tan bellas.

—Ni tan interesantes; cien cazadores se mueren de envidia al verte salir con ella camino á las *Palmas Hermanas*, como que allí os pasareis ratos deliciosos: ese bosquillo es un paraíso.

—Nada pasa allí de lo que vosotros podeis pensar; quiero á Julia como si fuera mi hermana, y nada mas: conque vámonos ya.

—No, no, acabemos esta conversacion; ¿nada tienes tú, Antonio, con esa niña?—preguntó con seriedad Ricardo.

—No—contestó Brazo-de-acero;—su padre era, como sabes, un francés amigo mio, que murió de la peste, y Julia y su madre encuentran en mí un protector, y no mas: ¿pero por qué me preguntas eso?

—Lo pregunto—dijo flemáticamente Ricardo—porque si tienes amores con ella, será prudente advertirte que hay un rival que va navegando en tus aguas.....

—¿Y quién se atreveria?—preguntó Brazo-de-acero con los ojos brillantes y encendido el rostro por la ira.

—Algo tienes con ella: en fin, nada me importa; pero somos amigos, y te lo advierto, el otro se está á la capa, pero tiene buena arboladura, y si logra una racha, te pasa por ojo.

—¿Pero quién es?

—Cuidate, y además está seguro de que yo te cuidaré tambien; somos amigos, y ya sabes cómo.....

Los dos jóvenes se apretaron las manos con efusion, pero Brazo-de-acero quedó desde aquel momento sombrío y preocupado: por el contrario, los claros ojos del inglés veian con todo el brillo que suele comunicarles un corazon tranquilo.

El otro cazador seguia fumando tan indiferente como si nada hubiese oido.

—Estás preocupado—dijo Ricardo despues de un largo rato de silencio;—salgamos á ver si se hace en la tarde algun negocio, y si no, creo que será prudente irnos esta noche, aprovechando la luna, á nuestros montes queridos, en donde tienes menos que sentir que aquí.

—Tienes razon—contestó Brazo-de-acero—salgamos, que este aire me entristece.—Y sacudiendo su negra cabellera, como para disipar un pensamiento importuno, se levantó, y los tres salieron de la taberna.

Las calles de la aldea de San Juan de Goave estaban llenas de gente; habian llegado aquel dia nuevos comerciantes del pueblo de Aso, que era grande, y venian como de costumbre á comprar pieles, ó á cambiarlas por objetos de mercería y lencería, con los cazadores y desolladores de San Juan.

La tarde estaba tibia y serena, soplaba una brisa agradable, y las mujeres salian á ver las curiosidades que en la plaza exponian al público los buhoneros y comerciantes recién venidos.

Los tres cazadores entraron entre la muchedumbre y se dirigieron á una especie de tienda, en la que habia una gran cantidad de cueros de toro á la vista.

Los dos ingleses penetraron y comenzaron á hablar con el que parecia dueño de la casa, y Brazo-de-acero quedó en la puerta.

A este tiempo, muy cerca de allí, pasaban dos mujeres. La que iba por delante era ya como de cuarenta años, y la que le seguía era una jóven de diez y seis, blanca y rubia, con los ojos de un verde tan oscuro, que pudieran haberse tomado por negros; delgada, esbelta y graciosa.

Las dos mujeres vestían casi iguales, trages azules y de lantal y sombrero blanco; parecían ser pobres, y á primera vista hubiera podido asegurarse que pertenecían á la colonia francesa de la isla Española.

La jóven descubrió á Brazo-de-acero y se puso encendida, y procurando que la mujer que iba por delante no la observase, se acercó al cazador.

—Antonio—dijo la jóven—¿estás enojado?

—No, Julia—contestó el cazador, procurando dar á su semblante un aire amable.

—Sí, Antonio, tú tienes algo, dímelo.

—Necesito hablarte.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—Está bien; ¿adónde?

—En las *Palmas Hermanas*.

—Iré, Antonio, iré, pero no estés enojado; adios.

—Hasta la noche.

Y la jóven corrió á reunirse con la anciana, que distraída, no había observado nada.

En cambio, había un observador que no había perdido ni una sola palabra de aquel diálogo.

Era un hombre de corta estatura, pero sumamente ancho de las espaldas, con el pecho levantado, la cabeza casi hundida entre los hombros, el pelo, las cejas y la barba negras y pobladas, los ojos pardos, pequeños, encapotados, pero brillantes como dos brasas.

Las manos pequeñas y gruesas de aquel hombre estaban cubiertas de vello como las de un mono.

No vestía el traje de cuero de los cazadores; pertenecía á los desolladores de reses, y parecía ser rico, porque sobre su traje de vellorí se ostentaban algunos botones de oro y una gruesa cadena del mismo metal, y en su ancho sombrero brillaba un joyel de piedras preciosas.

Era este un rico desollador y comerciante, español, llamado Pedro de Borica, y conocido en la aldea por el sobrenombre del *Oso-rico*.

Todos culparon á Pedro, pero nadie le dijo nada; en aquella rara colonia nadie se metia á vengar mas injurias que las propias.

Pedro trataba á las mil mujeres de mala vida que habitaban entre los cazadores; pero ellas huian de su amistad no mas porque era brusco y avaro.

El rico desollador vivia en una gran casa en la aldea de San Juan, pero sin familia, con una multitud de criados que le ayudaban á cuidar los ganados, á matar y á encerrar, y vender los cueros.

La tarde en que comienza nuestra historia, Juan habia permanecido largo rato parado en la plaza, dirigiendo á todos lados miradas inquietas con sus ojos pequeños y chispeantes.

Cuando Julia y su madre aparecieron en el mercado, el Oso-rico comenzó á seguirlas hasta que oyó la conversacion de Julia con su amante.

Si álguien hubiera observado en aquel momento el rostro del desollador, hubiera podido notar que se ponía horriblemente pálido, y que sus dientes, pequeños y unidos entre sí como si fueran una cinta de marfil, rechinaban; pero nadie paró en esto la atencion, en medio del bullicio de los esclavos y de los comerciantes que iban y venian por todas partes.

Julia y su madre siguieron su camino, pero ya entonces Juan no las seguía, sino que apartando bruscamente á los que le impedían el paso, se dirigió á la gran taberna del Toro Negro, en donde el lector hizo conocimiento con los primeros personajes de esta historia.

La taberna estaba en aquellos momentos casi sola; comenzaba á ponerse oscuro, y todo el mundo estaba en la plaza.

II.

Pedro el Desollador.

PEDRO habia llegado á la Española en uno de los navíos que hacían la travesía á Nueva-España.

Sin conocimientos y sin relaciones en la isla, determinó unirse á los cazadores y desolladores que entonces ocupaban la mayor parte de aquel territorio.

Internóse en la isla y llegó á San Juan de Goave; allí comenzó á trabajar, primero al servicio de un paisano suyo, y luego, haciendo ya negocios por cuenta propia, hasta que ayudado por la fortuna, y merced tambien á su asiduidad y resistencia para el trabajo, habia llegado á ser uno de los mas ricos del lugar.

El Oso-rico, como le llamaban allí todos, nunca jugaba, porque era avaro; se refería solo que una vez se puso á echar las cartas con un amigo suyo, y perdió: al dia siguiente aquel amigo fué encontrado en una de las huertas con el corazon atravesado por una puñalada.

El desollador se sentó en una de las mesas mas retiradas, y gritó como hubiera podido hacerlo á un toro:

—Isaac, Isaac!

Un viejo alto, delgado y pálido, con un gran gorro en la mano, se presentó inmediatamente.

—Ven acá, perro judío—dijo el desollador tomándolo de una mano y haciéndole sentar á su lado—siéntate aquí, hijo de Moisés.

—Convertido, convertido, si gustais, señor—contestó el hombre haciendo una reverencia y sin extrañar el trato que recibia—convertido, que aunque no hay aquí Inquisicion, siempre son buenas las cosas claras, como el rayo de la luz.

—Mal rayo te caiga! déjate de hipocresías y contesta. ¿Me has engañado?

—Que el Dios de mis padres me castigue si miento alguna vez.

—¿No me contaste que ese maldito cazador mexicano, Brazo-de-acero, no tenia amores con Julia?

—Que yo ignoraba semejante cosa os dije, y nunca que no existia, que entre ambas cosas va mucha diferencia.

—Perro judío, te he de desollar como á un novillo.

—Que el Dios de David me libre de semejante tribulacion; pero siempre no me hareis nada.

—¿Que no te haré nada? ¿y por qué lo crees así?

—Mucho es lo que me necesitais y mucho lo que os sirvo para que os arrojárais á semejante cosa.

—Eres un tuno; vamos á cuentas, pues sé á no dudar lo que Julia y el cazador se aman.

—Puede ser—dijo hipócritamente el judío.

—¿Puede ser? sobre que yo lo afirmo, perro miserable!—contestó con impaciencia el desollador sacudiendo un puñetazo sobre la mesa, que la hizo bailar.

—Cuidado—exclamó con mucha sangre fria el judío;—cuidado, que vais á romper una mesa, y están hechas de maderas exquisitas, que os costaria mucho pagar.

El desollador lo miró con desprecio, empujó un poco la mesa, y luego continuó:

—¿Qué hacemos? Esos amores desbaratan mis planes, Julia no me querrá por marido, y ahora comprendo por qué me ha despreciado siempre, por ese cazador: ¡ah! estos malditos cazadores que nos tratan siempre con tanto desprecio, que nos llaman siempre «carniceros,» cuando ellos casi todos son ladrones; y luego que cuanta muchacha bonita hay en la aldea es para ellos, amén de las que van á traerse á Santo Domingo y Nuestra Señora de Altagracia, y á Aso, y á todas partes: como cargara con todos la peste, la isla Española seria un paraíso.

—Hum!—dijo taimadamente Isaac.

—Bien, ¿y qué hago? Aconséjame, que bastante dinero te doy para que me ayudes en mis empresas.

—Robaos á Julia.

—Buena es esa! para que si el cazador lo sabe, me ensarte en su lanza ó me encasquille una bala en la frente como si fuera un toro bravo: no, no soy tan tonto; piensa en otra cosa.

—Pero si vos teneis unas fuerzas que os hacen capaz de matar á un buey de una puñada; y luego echároslo al hombro, y luego devorarlo, como cuentan de Milan de Crotona.

—No importa; pero no quiero rencillas con los cazadores: vamos, otro plan.

—¿Cómo sabeis que Julia y Brazo-de-acero se aman?

—Porque esta misma tarde acabo de oirlos darse una cita para esta noche.

—¿Y dónde es la cita?

—Fuera de la aldea, en las *Palmas Hermanas*.

—Bueno; pues oid un plan: supongo que á ese lugar el cazador bajará del bosque adonde duerme con sus amigos los ingleses, y Julia irá desde su casa, ¿es verdad?

—Puede ser.

—Y que terminada la cita, que por fuerza tiene que terminar, él se vuelve á su cabaña y ella á su casa.....

—Debe ser.

—Que ella irá sola y sola volverá.

—Ha de ser.

—Entonces esperad que vuelva, atended si viene sola; os emboscáis, y al pasar la atrapáis, que de seguro que no os conocerá..... y despues venís á decirme si persistís en hacerla vuestra mujer, ó preferís dejársela al cazador.

—Entiendo—contestó riéndose el desollador;—¿y si me conoce?

—Procurad ir disfrazado; de noche y con un disfraz no será fácil que adivine: además, el susto.....

—¿Y cómo me disfrazaré?

—Tomad el trage de los cazadores, y poneos además un antifaz de cuero y una capa.

—Excelente: si logro salir bien, creo que se me acabará el capricho, ó ella no tendrá dificultad en ser mi mujer: si me va mal, entonces ya pensaremos otra cosa mejor.

—Está bien pensado.

—Adios, voy á prepararme. ¡Ah! si tienes por ahí un esclavo, envíale á mi casa, para mandarte el cuero de una becerrilla que tengo allá; estará bueno para tu pequeño Daniel..... no lo olvides.

Juan salió tan alegre con su plan, que casi no reparó en un hombre alto, envuelto en una capa negra, con un sombrero negro tambien, coronado por una pluma de guacama-

ya, que estaba en la puerta, y que entró á tiempo que él salía.

El recién llegado se dirigió sin ceremonia al judío, y con una voz imperativa, como el que está muy acostumbrado á mandar, le preguntó:

—¿Quién es ese hombre?

—Señor—contestó Isaac—le llaman Juan-el-Oso-rico.

—¿Es marino?

—No, señor; desollador.

—¡Bah!—contestó el recién venido con un ademán de profundo despecho—creí que fuera un marino; ¿y de quién hablaba?

—De Julia, una jóven de aquí.

—Bien; ¿y qué Julia es esa?

—Julia de Lafont.

—¿Hija de Gustavo de Lafont?

—Sí, señor.

—¿De ese valiente marino que murió aquí de la peste?

—Del mismo.

—Miserable! ya se cuidará el carnicero de tocar un cabello de esa jóven—dijo el recién venido como hablando consigo mismo, y luego continuó:

—¿Esta noche es la cita de que le hablaste?

—Sí, señor.

—¿En las *Palmas Hermanas*?

—Sí, señor, al Sur.....

—No necesito explicaciones; toma.

—¿Qué me dais?

—Una onza española.

—Pero, señor, ¿por qué?

—Por tus noticias. Adios.

El judío, espantado de aquella generosidad, se deshacia

en cumplimientos y en caravanas con aquel hombre, que sin volver á mirarle siquiera, se salió de la taberna alzándose el embozo.

—¡Dios de Israel!—exclamaba el judío—¡Dios de Abraham! este debe ser un duque; ¡qué duque! un príncipe: mas, mas; quizá un monarca: ¡una onza de oro por una noticia! Y se metió á contar el lance á su mujer y á esconder su oro.

Cuando Juan el desollador salió de la taberna, comenzaba ya á oscurecer, y sin pérdida de tiempo se dirigió á su casa, cuidando antes de pasar por la de Julia, que estaba casi á la orilla de la aldea, en medio de un bosquecillo de arbustos cubiertos de flores.

El Oso-rico rodeó como un chacal que acecha su presa, por toda la barda del pequeño jardín.

Por las ventanas de la casa se observaba luz, y en un punto en que la barda estaba mas inmediata á la habitacion se puso á escuchar, porque oyó voces.

Julia hablaba en voz alta con su madre.

—Ahí está—dijo alegremente Juan;—ya nos veremos en la noche.

Y se puso en marcha para su casa, saboreando el éxito de su plan, como se saborea el tigre que olfatea de lejos la sangre.

III.

En las Palmas Hermanas.

ERA ya cerca de la media noche y la aldea de San Juan estaba en el mas profundo silencio, que no interrumpia sino de cuando en cuando el canto de algun gallo, ó el mugido de alguno de los toros encerrados en los corrales de los desolladores.

La casita en que vivian Julia y su madre estaba envuelta en esa penumbra que se derrama en la tierra cuando la luna no alumbra con toda su plenitud.

Todos indudablemente estaban entregados al sueño, porque no se veia ni una luz y no se sentia el mas leve rumor en la habitacion.

Sin embargo, por la parte de afuera de las tapias del jardín podia observarse un bulto que estaba como en acecho; era un hombre, y un hombre que evidentemente se impacientaba, porque pasaba unas veces á lo largo de las paredes, y otras se detenia procurando observar por encima de las tapias lo que pasaba en el interior del jardín.